

acosté sobre ella. Después seguí dando vueltas en la cama y llorando hasta que vi penetrar la claridad del día por la ventana. Dicho se está que las dos habían muerto ahogadas bajo la almohada. Entonces las cogí bajo el brazo, bajé la escalera, salí al huerto, tomé el azadón del jardinero y las enterré lo más hondo que pude, cada una en un sitio, separadas, para que no hablasen de su madre si es que los muertos hablan.. En seguida me fuí á la cama y me sentí tan mal que no pude levantarme. Cuando vino el médico, lo adivinó todo. Esta es la verdad, señor juez. Ahora hagan ustedes de mí lo que quieran, que á todo estoy dispuesta.

La mitad de los jurados se sonaban la nariz á cada momento para no llorar y las mujeres sollozaban entre el público que asistía al juicio.

El presidente la preguntó:

—¿En qué sitio enterró usted al otro?

—¿Cuál es el que ustedes tienen? —preguntó la joven.

—El que... estaba... junto al alcachofal.

—¡Ah! sí. El otro está en el fresal, junto al pozo— exclamó llorando con tanta pena que partía el corazón.

La joven Rosalía Prudente fué absuelta.

ACERCA DE LOS GATOS

UNIVERSIDAD DE GUATEMALA
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES
"ALFREDO SUAREZ"
Año. 1950. GUATEMALA, GUATEMALA

Señorita Perla—9

Acerca de los gatos

I

Cabo de Antibes.

El otro día, sentado al sol en un banco delante de mi puerta, ante una canastilla de floridas anémonas, leía un libro de Jorge Duval, recientemente publicado; un libro honesto, cosa rara y chocante, *El Tonelero*. Un gatazo blanco, propiedad del jardinero, saltó sobre mis rodillas y al saltar cerró el libro, que dejé á mi lado para acariciar al animal.

Hacia calor. Un perfume de flores nuevas, perfume todavía suave, intermitente y tenue, impregnaba el aire agitado á veces por fríos soplos llegados de aquellas altas y blancas cimas que yo percibía en lontananza.

Pero el sol era ardiente, agudo, uno de esos soles que penetran la tierra dándola vida, que hiende los granos para animar sus adormecidos gérmenes y los brotes para dar salida á las hojas nuevas. El gato se

revolvaba en mis rodillas tumbado patas arriba, abriendo y cerrando sus afiladas uñas, enseñando bajo sus labios los puntiagudos dientes y por la abertura entornada de sus párpados sus ojos verdes. Yo acariciaba y manoseaba al animal flexible y nervioso, suave como una tela de seda, manso, caliente, grato y peligroso á la vez. El gato gruñía arrebatado y dispuesto á morder, pues á la raza felina le gusta tanto arañar como ser acariciada. El felino estiraba su ondulante cuello y cuando yo dejaba de tocarle, se erguía y colocaba su cabeza bajo mi mano.

Yo lo enervaba y él me enervaba, pues amo y de-
testo á la vez á esos pérfidos y encantadores anima-
les. Siento placer en tocarlos, en pasar mi mano por
su sedosa piel y en sentir el calor de aquel pelo, de
aquello fino y exquisito abrigo. Nada es más suave,
nada comunica á la piel una sensación más delica-
da, más refinada, ni más rara que la tibia y vibrante
piel de un gato.

Esta envoltura comunica á mis dedos un extraño
y feroz deseo de estrangular al animal que acaricio,
siento en mí el deseo que él tiene de mordirme y
arañarme y este deseo lo siento y lo explico como
un fluido que él me comunica y que yo recibo por
la punta de mis dedos de aquel pelo caliente, y que
sube y sube á lo largo de mis nervios y á través de
mis miembros hasta mi corazón y hasta mi cabeza
invadiendo todo mi sér y haciéndome apretar los
dientes. Y siempre, siempre en las puntas de mis

diez dedos, siento el cosquilleo vivo y ligero que se
apodera de mí y me invade.

Y si la fiera se insinúa, si me muerde, si me ara-
ña, la cojo por el cuello. la hago dar vueltas y la
lanzo á distancia como la piedra de una honda, tan
rápida y tan brutalmente, que nunca le doy tiempo
para vengarse.

Recuerdo que siendo niño me gustaban los gatos
y sentía súbitos deseos de estrangularlos entre mis
manitas, y que un día, en el extremo del jardín á la
entrada del bosque, ví de pronto una cosa gris que
se revolcaba entre la hierba. Me aproximé para
apreciar mejor el hecho y entonces noté que era un
gato estrangulado, en el estertor de la agonía, un
gato moribundo que había caído en un lazo. El ani-
mal se retorcia, arrancaba la tierra con sus uñas,
saltaba, volvía á caer inerte, y después reanudaba
la lucha y su respiración ronca y ahogada producía
un ruido especial, un ruido espantoso que aun me
parece oír.

Hubiera podido coger una azada y romper el
lazo; hubiera podido ir en busca del criado ó á pre-
venir á mi padre; pero no, no me moví, y con el co-
razón palpitante le ví morir con cruel y vibrante
goce: ¡era un gato! Si hubiera sido un perro, hubie-
ra roto el alambre de cobre con los dientes antes
que consentir que sufriese un instante más.

Cuando estuvo muerto, bien muerto y todavía ca-
liente, aun fui á martirizarlo y á tirarle de la cola.

II

Y sin embargo son deliciosos, deliciosos sobremañera, porque cuando se les acaricia, se rozan contra nuestra carne haciendo *rom, rom*, revolcándose sobre nosotros y mirándonos con sus amarillos ojos, que parecen no vernos nunca, se nota perfectamente la inseguridad de su ternura y el péfido egoísmo de su placer.

También hay mujeres que nos producen esta sensación, mujeres encantadoras, cariñosas, de falsos y claros ojos que nos han elegido para rozarse con nosotros entregadas al amor. Junto á ellas, cuando abren sus brazos, brindando los labios, cuando uno las estrecha con el corazón palpitante, cuando se gusta el placer sensual y sabroso de su delicada caricia, se adivina perfectamente que se tiene entre los brazos á una gata, una gata con uñas y dientes, á una gata péfida, taimada, amorosa, enemiga que morderá cuando esté cansada de besos.

A todos los poetas les han gustado los gatos. Bau-

delaire los ha cantado divinamente en aquel conocido y admirado soneto que dice:

“Los ardientes enamorados y los sabios austeros, aman igualmente en la edad madura esos mansos gatazos, orgullo de la casa, que son como ellos sedentarios y frioleros. Amigos del misterio y de la voluptuosidad buscan el silencio y el horror de las tinieblas. El Erebo los tomara por sus corceles fúnebres, de poderse domar su fiereza. Toman, cuando dormitan, aquellas nobles actitudes de las grandes esfinges que estiradas en medio de las soledades, parecen aletargadas en un sueño sin fin. Los fecundos lomos están repletos de mágicas chispas, y partículas de oro, finas como la arena, relucen vagamente en sus pupilas misteriosas.”

III

Yo gocé un día de la extraña sensación de haber vivido en el palacio encantado de la Gata blanca, un castillo mágico donde reinaba uno de esos animales ondulantes, misteriosos, conmovedores, el único quizá de los seres á quien nunca se les oye andar.

Era el verano pasado, en esta misma costa del Mediterráneo.

Hacia un calor atroz en Niza y yo pregunté á los naturales del país si no tenían en la montaña ó en un valle fresco, algun sitio adonde se pudiese ir á respirar.

Me indicaron el valle de Thorene y quise verlo.

Era necesario primero pasar por Grasse, la villa de los perfumes, de la cual hablaré algun día para contar como se fabrican esas esencias y quintesencias de flores que valen hasta dos mil francos el litro. Pasé la tarde y la noche en una vieja fonda de la villa, modesto albergue donde la calidad de los

alimentos es tan dudosa como la limpieza de las habitaciones, y por la mañana reanudé mi viaje.

El camino se internaba en plena montaña, costeanado profundos barrancos dominados por estériles, puntiagudos y salvajes picos. Me preguntaba qué extraña mansión de verano me habían indicado allí y dudaba de permanecer ó volverme á Niza aquella misma noche, cuando ví de pronto ante mí, sobre una prominencia que parecía interceptar todo el valle, unas inmensas y admirables ruinas, cuyas torres y derruidos muros se perfilaban sobre el cielo; toda una extraña arquitectura de ciudadela muerta. Se trataba de una antigua encomienda de Templarios que gobernaba en otro tiempo el país de Thorene.

Dí la vuelta á aquella prominencia y descubrí de pronto un largo valle verde, fresco y apacible.

En el fondo praderas, aquí corriente y sauces; y en las vertientes abetos que se elevaban hasta el cielo.

En frente de la encomienda, del otro lado del valle, pero más bajo, se levanta un castillo habitado, el castillo de las Cuatro Torres, que fué construído hacia el año 1530, aunque no se ve en él aun ninguna huella del Renacimiento.

Es un edificio pesado y fuerte, cuadrado, de aspecto sólido, y como su nombre indica franqueado por cuatro torres guerreras.

Yo llevaba una recomendación para el propietario de esta morada, el cual no me dejó ir á la fonda.

Todo el valle, delicioso, en efecto, es una de las

residencias de verano más encantadoras con que un hombre puede soñar. Después de comer me paseé hasta la noche y luego subí á la habitación que me habían señalado.

Atravesé primero una especie de salón cuyas paredes están tapizadas de cuero antiguo de Córdoba; y después otra pieza donde ví rápidamente en las paredes, al resplandor de mi bujía, retratos antiguos de damas, cuadros de esos que hacia decir á Teófilo Gautier:

“Me gusta veros, en vuestros marcos ovalados, retratos amarillentos de hermosas del tiempo viejo, luciendo en la mano rosas, pálidas como todas las flores centenarias.”

Después entré en el cuarto en que estaba dispuesta mi cama.

Cuando estuve sólo examiné mi dormitorio detenidamente. Estaba tapizado de telas antiguas pintadas, en las que se veían torreones rojos en el fondo de paisajes azules y pajarracos fantásticos bajo follajes de piedras preciosas.

Mi tocador se hallaba en una de las torrecillas.

Las ventanas, anchas en el interior del cuarto y estrechas por su salida á la luz, pues atravesaban todo el espesor de los muros, no eran en realidad sino aspilleras, troneras de aquellas por donde se mataba á los hombres. Después de examinarlo todo, cerré la puerta, me acosté y me dormí.

Y soñé; siempre se sueña algo de lo que se ha hecho durante el día. Viajaba y entraba en una posada donde veía sentados á la mesa, ante el fuego, á un

criado de librea y á un albañil, extraña sociedad que no me causó asombro alguno. Aquellas gentes hablaban de Víctor Hugo, que acababa de morir, y yo tereí en su conversación. Por fin fuí á acostarme á un cuarto cuya puerta no cerraba. De pronto ví al criado y al albañil, armados de ladrillos, que se eucaminaban muy despacito hacia mi cama.

Me desperté bruscamente y necesité algunos instantes para reponerme. Después recordé los acontecimientos de la víspera, mi llegada á Thorene; la amable acogida del dueño del castillo... Iba á cerrar de nuevo los ojos cuando ví, sí, ví en la sombra, en medio de la obscuridad de la noche, en el centro de mi cuarto y á la altura de la cabeza de un hombre, poco más ó menos, dos ojos de fuego que me miraban.

Cogí una cerilla, y mientras que la frotaba oí un ruido, un ruido ligero, blando como el producido por la caída al suelo de ropa húmeda, y cuando hube encendido luz no ví ya nada más que una gran mesa en medio de la habitación.

Me levanté, registré las dos habitaciones, miré debajo de mi cama, abrí los armarios, nada.

Creí, pues, que tal vez habría seguido soñando despierto y me volví á quedar dormido, aunque no sin trabajo.

Volví á soñar, y esta vez viajaba también, pero viajaba por Oriente, por el país que me encanta. Y llegaba á casa de un turco que vivía en pleno desierto. Era un turco soberbio; no un árabe, sino un turco gordo, amable, simpático, vestido como todos

ellos, con un turbante y todo un almacén de sederías al hombro, un verdadero turco del Teatro Francés, que me obsequiaba ofreciéndome dulces tumbado sobre un delicioso diván.

Después un negrito me conducía á mi cuarto (todos mis sueños acababan, pues, de este modo), un cuarto azul celeste, perfumado, alfombrado con pieles de animal, y, ante el fuego (la idea del fuego me perseguía hasta el desierto), sentada en una silla baja, una mujer vestida apenas, me esperaba.

Tenía el tipo oriental más puro, lunares en las mejillas, en la frente y en la barba, ojos inmensos, cuerpo admirable, un poco moreno, pero de un moreno ardiente é incitante.

Me miraba, y pensaba yo:

—Así es cómo comprendo la hospitalidad. Seguramente no sería así como recibirían nunca á un extranjero en nuestros estúpidos países del Norte, de tanta gazmoñería, de pudor odioso, de moral imbecil.

Me aproximé á ella y la hablé, pero me respondió por señas, porque no sabía una palabra de mi lengua que tan bien hablaba el turco su amo.

Muy feliz porque ella guardaría silencio, la tomé de la mano, la conduje á mi cama, y me acosté á su lado... pero, ¡en estos momentos siempre acostumbra uno despertar!... y así me pasó á mí, siendo no pequeña mi sorpresa al sentir bajo mi mano algo caliente y suave que yo acariciaba con amor.

Una vez despejadas mis ideas, reconocí que aquello era un gato, un gatazo recostado contra mi me-

jilla que dormía con toda confianza. Lo dejé á mi lado y una vez más me volví á quedar dormido.

Cuando amaneció, se había marchado ya y yo creí de veras que había soñado, pues no comprendía cómo un gato había podido entrar y salir en mi cuarto estando la puerta cerrada con llave.

Cuando le conté mi aventura (no toda entera) á mi amable castellano, éste se echó á reír, y me dijo: —Ha entrado por la gatera.

Y levantando una cortina me enseñó en la pared un agujero negro y redondo.

Y entonces supe que casi todas las moradas antiguas de aquel país tienen también largos y estrechos pasillos á través de los muros que van de la bodega al granero, del cuarto de la criada al cuarto del señor, y que hacen del gato el rey y el dueño de la mansión.

Circula á su antojo, visita á placer sus dominios, puede acostarse en todas las camas, verlo y oírlo todo, conocer todos los secretos, todas las costumbres y todas las vergüenzas de la casa. El animal que anda sin ruido, el silencioso rondador, paseante nocturno de las paredes huecas está siempre en su casa y puede entrar en todas partes.

Y pensé en aquellos versos de Baudelaire: que pintar al gato como "espíritu familiar de la casa, hada ó Dios que dentro de sus dominios todo lo conoce, todo lo preside, todo lo denuncia..".